

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

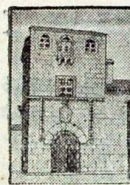
Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

	Páginas	
La expedición a las Hiberdueras.....	3	Angel Dotor.
Nuestros clásicos: Frío cadáver sobre blando lecho.....	16	Juan Pablo Forner.
Recuerdos: Cacerías.....	19	Miguel Muñoz de San Pedro, Con- de de Canilleros.
Judas.....	21	José Canal.
«Azorín»: Contorno de la obra del emi- nente estilista.....	23	Valeriano Gutiérrez Macías.
Ideario Extremeño.....	26	Fray Juan de los Angeles.
Autorretrato.....	27	Manuel Pacheco.
Crónica de Valle Verde: El tío Aceituno.	29	Antonio Pérez Sánchez.
Glotonería.....	37	Pedro Romero Mendoza.
Carlos V en Trujillo.....	41	Juan Tena Fernández.
Son antillano.....	45	«Pompeyo Cruz».
La Serena en el siglo XVIII.....	47	Antonio Agúndez.
Páginas antológicas: ¿Te la digo, resalá?	53	Rafael González Castell.
El Corpus Español: Carlos V y Felipe II en Yuste.....	55	Marcelino González-Haba.
Luz del sueño.....	59	Jesús Delgado Valhondo.
Soneto de Año Nuevo.....	60	Tomás Riego Blanco.
Persecución de malhechores y fascine- ros en Extremadura en el siglo XVIII..	61	Arcadio Guerra.
Soneto.....	69	Eladia Morillo-Velarde.
Latitudes fraternas.....	70	Felipe Santiago.
Crítica sin hiel.....	71	«Un Aprendiz de Hablista».
Esa voz.....	74	Fernando Alvarez Ruiz.
Mirador: Crónica.....	75	Curio O'Xillo.
Pensamientos.....	78	Pitágoras, Saadi, F. Schlegel, San Jerónimo, Leibnitz, La Bruyère y Michelet.
Recensiones.....	79	«Omar el Zegri».
Notas breves: De dentro y de fuera.....	81	«José de la Peña».
Noticia de Revistas.....	83	José Canal.
Láminas.....		Nuestros artistas: «El Conquista- dor», por Pérez Comendador y Fotos Olivenza y Mas.



ALCANTARA



Año XIII

ENERO - FEBRERO - MARZO

Núms. 111-112-113

DE LA VIDA Y LA OBRA

FABULOSAS DE HERNAN CORTES

LA EXPEDICION A LAS HIBUERAS

Por ANGEL DOTOR

Académico



AL disgusto produjo a Cortés la infidencia de Cristóbal de Olid—Pedro Mártir dijo que se puso ebrio de cólera al saber la noticia—, que concibió el firme propósito de castigarla con la mayor energía, poniendo los medios para hacer fracasar el intento del rebelde capitán. Al momento dispuso que Francisco de las Casas, en quien tenía plena confianza por ser pariente suyo y «muy varón para cualquier cosa de afrenta», emprendiese la marcha a las Hibueras, con dos naves y cien soldados veteranos, llevando instrucciones concretas a fin de reducir al traidor.

Pero sin duda por no tener la seguridad de que con tal expedición punitiva lograría la finalidad apetecida, y acaso también sintiendo la natural impaciencia por adueñarse de aquellas tierras, organizó otra, más numerosa, al frente de la cual se puso él mismo, ya que, curado de la fractura del brazo poco antes sufrida, no se avenía a permanecer inactivo sin acometer personalmente nuevas y esforzadas empresas.

La ruta elegida no fué la misma que siguió Las Casas, o sea la marítima, sino la terrestre, a través de centenares de leguas de selva virgen tropical, en largos trechos no hollada todavía por la planta del hombre. El esfuerzo requerido para realizarla superó toda previsión de dificultades hecha al acometer tan arriesgado intento, y ello explica cumplidamente su fracaso, así como que se haya llegado a decir que tal derroche de energías hubiera sido suficiente para extender considerablemente la Conquista por la América Septentrional.

Aquella fastuosa partida de Cortés tuvo lugar en 12 de Octubre de 1524, o sea el día en que se cumplían treinta y dos años del des-

cubrimiento de América, llevando consigo una comitiva, que más bien parecía verdadera Corte, como hasta entonces allí no se había visto. La plana mayor de sus capitanes estaba integrada por Gonzalo de Sandoval—alguacil mayor—, Luis Marín, Francisco Marmolejo, Pedro de Ircio, Pedro de Saucedo llamado *el Romo*—, Jerónimo Ruiz de la Mota, Alonso de Grado, Pedro Solís—cuyo apodo era *Casquete*—, Juan Jaramillo, Diego de Mazariegos, Gaspar de Garnica y Gil González de Benavides, a los que en el camino se unieron otros recién llegados de España. También iban con él los hermanos Juan de Avalos y Hernando de Saavedra; primos de Cortés y un sobrino llamado Palacios Rubios, así como doña Marina, única mujer que figuró en la expedición, a la que tan relevantes servicios prestaría, y tres religiosos: un clérigo para la misma y los frailes franciscanos Johann Van de Auwera y Johann Dekkers, conocidos por fray Juan de Aora y fray Juan de Tecto, respectivamente, este último antiguo confesor que fué de Carlos V y profesor de la Sorbona, ambos teólogos y predicadores eminentes, llegados al país, en unión de fray Pedro de Gante, poco antes que los que encabezaba fray Martín de Valencia. El servieio personal del caudillo lo constituían el mayordomo Carranza «hombre polido»—, el maestresala Juan de Jaso, el botiller Serván Bejarano, el despensero Garnica, el repostero San Miguel y un tal Rodrigo Mañueco, encargado de oficios menores. Iban, además, Tirso de Medina, al cuidado de la vajilla de oro y plata; el físico Pedro López, el cirujano Diego Pedraza, los jefes de pajes Puebla y Montejo, el camarero Salazar, los alconeros Perales, Garci Caro y Alvarez Montañés, el caballero Gonzalo Rodríguez Ocampo, músicos, un volatiner, un prestidigitador, mozos de espuelas, acemileros, etc. El ejército lo componían ciento cincuenta jinetes y cuarenta peones españoles y tres mil indios, entre auxiliares y servidores de los reyes y caciques, que también figuraban como acompañantes, todos con armas de guerra. A continuación iba una gran manada de cerdos, como complemento de las provisiones destinadas al abasto de la columna.

Antes de salir de la capital, Cortés delegó su autoridad para el gobierno de la Nueva España mientras durase su ausencia en un consejo formado por el tesorero Alonso de Estrada—que blasonaba de ser hijo natural de Fernando el Católico—, el contador Rodrigo de Albornoz y el licenciado Alonso de Zuazo. Los dos primeros eran personas poco adictas al Conquistador, contra el que habían escrito cartas acusatorias pidiendo a la Corte que redujera sus facultades, por lo que no ha faltado quien diga que tal designación obedeció a deliberado propósito de aquél, quien intuyó que ambos se anularían mutuamente con sus ambiciones y rencillas, no siendo por ello creídos en España. Dejó asimismo confiada la administración de sus bienes y demás asuntos particulares a un pariente llamado Rodrigo de Paz. El factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmíndez Chirino, hasta última hora esperanzados en que sería a ellos a quienes el Conquistador tendría presentes llegado el momento de la temporal substitución, sintieron viva contrariedad al ver que prefirió a otros

que ellos consideraban con menos méritos; pero, disimulando su despecho y los torvos propósitos que alentaban, no vacilaron en unir sus voces al coro general de los que pretendían disuadir a Cortés de la temeraria empresa del viaje, pintándole sus grandes peligros y palmarios inconvenientes. Como resultaron inútiles todos los esfuerzos hechos en tal sentido, ya que el caudillo, hombre de voluntad firmísima, jamás desistía de sus decisiones, adoptadas siempre tras serena reflexión, Salazar y Chirino se sumaron al cortejo que partió hacia las Hibueras. Ambos «le hacían mil servicios a Cortés, en especial el factor, que cuando Cortés con él hablaba la gorra quitaba hasta el suelo y con muy grandes reverencias y palabras delicadas y de grande amistad, con retórica muy subida, le iba diciendo que se volviese a México y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino y poniéndole delante muchos inconvenientes». Salazar no vaciló en difamar abiertamente a Estrada, Albornoz y Zuazo, atribuyéndoles la intención de cometer los mayores desatinos y crueldades, descritos con un detalle sólo explicable por ser él quien, precisamente, se proponía realizarlos en caso de lograr la sustitución de aquéllos. En su pérfido maquiavelismo pasaba de los argumentos patéticos a la tónica jocosa, cantando coplas bufas, como una que comenzaba así:

¡Ay, tío, volvámonos!,

a la que Cortés respondía con esta otra, de análoga intención burlesca:

¡Adelante, mi sobrino!
y no creáis en agüeros,
que será lo que Dios quiera.

¡Adelante, mi sobrino!

Pronto llegaron, procedentes de México, cartas de protesta contra los abusos que cometían los nuevos gobernadores, y esta circunstancia vino a favorecer los planes de Salazar, quien «decía tantas cosas melosas y con tan amorosas palabras», que consiguió convencer a Cortés, arrancándole los deseados poderes para deponer a Estrada y Albornoz—que eran los concretamente acusados—, siempre que quedase comprobado que no hicieron lo debido para el mayor servicio de Su Sacra, Cesárea y Católica Majestad el Emperador don Carlos V. Entonces Salazar y Chirino ya no insistieron, naturalmente, en la cantinela del regreso de Cortés, que por mucho que la repitieran nunca habían deseado, sino que, en posesión del nombramiento que venía a acrecer el error de aquél y las causas de la catastrófica discordia durante su ausencia, apresuráronse a despedirse—haciéndolo de forma en extremo rastrera, pues «el factor tenía como una manera de sollozos»—y retornaron a la capital, que si ya estaba alterada, ellos convertirían en verdadero campo de Agramante.

La llegada de Cortés y su séquito a Coatzacoalcos, en la costa atlántica del istmo mexicano, punto elegido como primera etapa del

viaje, produjo en la población entusiástico regocijo; pero a éste siguió pronto el desencanto, pues Cortés dispuso se unieran a la columna los antiguos e hidalgos conquistadores que poblaban aquella villa.

Fué entonces, en la concentración de caciques de la comarca ordenada por Cortés con el fin de «hacer un parlamento acerca de la santa doctrina y sobre su buen tratamiento», cuando tuvo lugar el novelesco encuentro de doña Marina y su madre. La astuta intérprete y hasta poco antes concubina del Conquistador—de la cual éste tuvo su primer hijo llegado a mayor edad—acababa precisamente de casarse con Juan Jaramillo al pasar por la villa de Ostotipac cerca de Orizaba; unión que se cree fué inspirada por el propio Cortés. Como ella hiciera ver a Díaz del Castillo y al soldado Aranda, uno de los testigos de su boda, que habían llegado a la tierra que sería de su legítimo dominio si su desalmada progenitora no la hubiera vendido como esclava a los de Tabasco, aquéllos pudieron advertir cierto día que una de las mujeres principales que se presentaron, acompañada de su hijo, ofrecía gran parecido con doña Marina, y suponiendo que se tratara de la madre de ésta, fueron a comunicárselo, lo cual permitió a la *Lengua* reconocerla. Madre e hija hablaron largamente en el idioma maya, llorando, arrepentida, la vieja, que obtuvo el perdón de la india intérprete, quien reflejó sus convicciones cristianas haciendo protestas contra la idolatría y votos de agradecimiento al Todopoderoso, ya que se consideraba feliz por haber tenido un hijo del Conquistador y ser esposa de un caballero cristiano.

Los naturales de Coatzacoalcos, conocedores del itinerario elegido, aconsejaron a Cortés su modificación, pues creían mejor que la marcha en línea recta hacia el golfo Dulce o de Honduras, cruzar la cordillera saliendo a Socomusco, a través de Guatemala, con lo que aprovecharían la ruta de Alvarado en su ida a dicho país; pero el Conquistador decidió seguir durante algún trecho la línea de la costa, acometiendo luego la penetración directa, lo cual permitiría evaluar, siquiera aproximadamente, la distancia existente entre los puntos extremos de la base de la península yucateca, sobre lo que tanto y tan infundadamente se fantaseaba. De nada le había servido ver que Jaramillo, a cuyo cargo estaba la fardería, perdiera al atravesar el primer río importante algunos bultos conteniendo cosas de gran valor y utilidad, que no pudieron ser recuperadas a causa de los caimanes que aparecían en la corriente, ni que para poder la columna llegar a Coatzacoalcos fueran precisas trescientas canoas facilitadas por los naturales, anticipo todo ello de lo que había de representar en Tabasco el dédalo fluvial y la selva espesísima, sobre todo durante la estación lluviosa, que hacían de aquella extensa zona algo sumamente insano y poco menos que inaccesible.

Entre Coatzacoalcos y Xicalango, distantes treinta y cinco leguas, hubo que atravesar tres grandes ríos y considerables extensiones pantanosas, para lo cual bastaron las canoas, en las que no cabían los caballos, que fueron llevados del diestro, a nado; pero des-

pues resultó insuficiente tal recurso, viéndose los expedicionarios obligados al tendido de puentes de troncos. En las veinte leguas siguientes tuvieron que hacer nada menos que cincuenta, uno de ellos de novecientos treinta y cuatro pasos, que «fué una cosa bien maravillosa de ver». Si a esto se une la necesidad de abrirse paso por entre el tupido bosque a fuerza de hacha y machete, se comprenderá fácilmente la desesperante lentitud a que llegó a reducirse la travesía de aquel terreno por completo desconocido, carente de caminos y cuya fisonomía cambiaba, en parte, con la sucesión de las estaciones. Como no se tenía otro medio de somera orientación que el, a veces inútil, de la brújula, se daba el caso de marchar creyendo que iban hacia adelante para volver después de fatigosos días casi al lugar de donde salieron. Ello explica que frecuentemente trazase señales con los cuchillos en los troncos de las añosas ceibas, a las que solían agregar la inscripción «por aquí pasó Cortés» y la fecha. La tórrida temperatura, los grandes y pertinaces aguaceros y la abundancia de insectos hacían agotadoras aquellas jornadas, facilitando el desarrollo de bubas, fiebres y reuma. Llegó el momento de ser estériles todos los recursos del ingenio para proseguir el camino. Tal ocurrió en Ocumba, donde permanecieron tres semanas buscando salida a través del inmenso tremedal, que sólo hallaron mediante el tendido de un puente de trescientos pasos, el cual requirió emplear vigas hasta de cuarenta pies.

Como tan denodado esfuerzo y considerable retraso llevaban aparejada la natural secuela del agotamiento de los víveres, los expedicionarios se esforzaron por llegar a Chilapa, pueblo importante, situado en zona seca, creyendo que encontrarían allí importantes provisiones; pero comprobaron que sus moradores habían huído tras de quemar el caserío, no pudiendo utilizar los conquistadores más que el maíz, aún no bien granado, de sus campos. Ya en el Usumacinta se consagraron durante dos días a la tarea de talar la manigua, viendo después que tal labor era inútil, pues los guías se habían equivocado en la ruta seguida. A poco se llegó a otro río anchísimo, para rodear el cual calcularon que necesitarían veinte jornadas de marcha, lo que les hizo pensar en el regreso; idea que al momento desecharon, ya que las avenidas habrían arrasado los pasos y señales atrás dejados. A ello agregábase el hambre que ya se había adueñado de todos, pues por haberse acabado las provisiones llevaban varios días de no comer sino hierbas, lo que daba lugar a un estado de desesperación tal «que ningún seso de hombre bastaba para el remedio». Fué preciso hacer el mayor puente de todos, tendido en sólo cuatro días por los indios auxiliares, a quienes estimulaba la seguridad de que salvando aquel al parecer insuperable obstáculo podrían llegar a donde existía la abundancia, pues atrás sólo quedaba el hambre. «Y tardará más de diez años que no se deshaga—decía Cortés al Emperador refiriéndose a tal obra—, si a mano no la deshacen, y esto ha de ser con quemarla, y de otra manera sería dificultoso de deshacer, porque lleva más de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre, y de nueve y de diez

brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta. Y certifico a Vuestra Majestad que no creo habrá nadie que sepa hacer en manera que se pueda entender la orden que éstos dieron de hacer esta puente, sino que es la cosa más extraña que nunca se ha visto».

Así penetraron en las pródidas tierras de Acalán. Se hallaba allí la depauperada columna descansando y reponiéndose cuando coincidieron varios correos llegados de México, Medellín, Santisteban del Puerto y Coatzacoalcos, por los cuales tuvo Cortés amplia información de los principales lugares del país, tras lo que ordenó el regreso de aquéllos con sus despachos de respuesta. Reanudóse la marcha el primer domingo de Cuaresma de 1525, yendo la comitiva con expertos guías del país y acompañada durante un buen trayecto por el cacique Acalán, montado a caballo.

Adentrados ya en la inmensa región del Petén, al Sur del Yucatán, por cuyo gran lago pasaron, sucediéronse las provincias o regiones llamadas de Mazatlan o Quinache, Taica, Tahuytal y Acucilín. Al comienzo envió Cortés a cuatro soldados, acompañados de dos guías del país, con el fin de explorar el terreno, los cuales no tardaron en regresar, diciendo que existía buen camino y que los habitantes de aquellos pueblos no habían advertido la proximidad de la columna; pero poco después se presentaron nuevos obstáculos, y si en algunos trayectos no escasearon los víveres, a lo largo de otros volvió a imperar el hambre, hasta el extremo de no haber otra comida que «cuescos de palmas y palmitos». El terreno se presentó muy accidentado con las ramificaciones montañosas de la llamada Sierra Madre o cordillera central del continente, que, como es sabido se extiende, casi sin interrupción, a lo largo de ambas Américas, y la travesía de nuevas corrientes vino a exigir ímprobos esfuerzos. En un desfiladero de dura y cortante roca de cuarzo quedaron sin herraduras los caballos, y en otra sierra que fué preciso salvar a continuación, bajo el tormento de pertinaz lluvia—con la agravante de que no sirviera para saciar la abrasadora sed de la columna, por carecer de receptáculos en los que recoger el agua—, se perdieron sesenta y ocho semovientes, unos despeñados y caídos otros sin fuerza ya para levantarse. Finalmente, llegaron a un gran río, cuyo impetuoso caudal se dividía en una veintena de brazos abiertos entre peñas, el cual fué salvado de dos maneras: los soldados por aquellas escarpaduras mediante grandes árboles tendidos a manera de puentes, agarrándose a bejucos sujetos a las orillas para no perder el equilibrio sobre el insondable lecho, y los caballos, aguas abajo, en un sitio donde la corriente no tenía tanta impetuosidad y pudo ser cruzada a nado.

Salvado el último ramal geográfico—que debió de ser lo que hoy se denomina sierra de Chamá—, percibieron ya el ruido del mar, sabiendo a poco, por los naturales de aquellos pueblos, que a escasas jornadas de marcha estaba el pueblo de Nito, donde había «hombres con barbas y caballos». Estando en el poblado de Oculizti ordenó Cortés que Sandoval tomase la delantera, acompañado de algunos soldados y guías, a fin de informarse si aquellos españoles eran de

los llevados por Cristóbal de Olid, para, en caso, adoptar las medidas tendientes a apresarlos. Al llegar aquellos emisarios a la costa vieron cuatro que estaban cogiendo la fruta llamada zapote, y les interrogaron, informándose cumplidamente de cuanto les interesaba saber, tras lo cual fueron conducidos a donde Cortés había quedado. Se trataba de colonos de la villa llamada San Gil de Buenavista, que Gil González Dávila había fundado en el litoral hondureño del golfo de las Hibueras. Este conquistador, cuyas proezas no han sido divulgadas ni enaltecidas como merecen, partió con sus buques de Panamá en Enero de 1522, sin duda buscando el estrecho intercontinental que tanto preocupaba a Cortés, y adentróse con su tropa en las tierras dominadas por el cacique Nicarao—de quien tomó nombre la actual Nicaragua—, subiendo hacia el Norte, donde hizo la fundación de referencia. Francisco Hernández de Córdoba, teniente de Pedrarias Dávila, envió para reducirle a Gabriel de Rojas y Hernando de Soto, los cuales fueron vencidos por González Dávila, que quedó señoreando aquellos territorios. Pero al llegar allí Cristóbal de Olid, en 1524, ambos se los disputaron, resultando aquél derrotado por el infidente capitán de Cortés. Estaba González Dávila prisionero en Naco cuando Francisco de las Casas se presentó en el golfo al frente de su pequeña armada, con tan mala fortuna que una fuerte tempestad aquel día desencadenada facilitó la nueva victoria de Olid, al momento apresor también de su antiguo compañero en la conquista de la Nueva España. Los dos infortunados capitanes, González Dávila y Las Casas, se concertaron para ver de trocar su papel con el que los tenía sojuzgados, cosa que les fué relativamente fácil, ya que Olid carecía de dotes de mando y aun de la más elemental previsión, pues a pesar de que Las Casas le había dicho varias veces, al parecer en broma, que le tuviera bien seguro con cadenas, ya que si no habría de lamentarlo, aquél no hizo caso, fiado exclusivamente de su autoridad. Y así sucedió, pues un día acababan de comer los tres cuando Las Casas, fingiendo jugar y raspase las uñas con un «cuchillo de escribanía», se abalanzó inopinadamente sobre Olid y se lo clavó en el cuello, diciendo: «Ya no es tiempo de sufrir más este tirano». Huyó el herido, guareciéndose en el bosque, pero de allí lo sacaron para juzgarle, siendo sentenciado a muerte y seguidamente ejecutado por su rebeldía a Cortés, quedando Las Casas como jefe supremo de aquellos territorios en nombre del Conquistador. A continuación, Las Casas fundó la villa de Trujillo, en el paraje llamado puerto de Honduras, de la misma costa atlántica, a algunas leguas más hacia Oriente, a mitad del camino del golfo de Honduras o de las Hibueras al cabo de Gracias a Dios. El destino tenía dispuesto que Cortés se viera relevado de enfrentarse con quien dió origen a viaje tan desatentado, cuyas penalidades excedieron de todo encomio, dado su empeño de hacerlo por tierra, aunque no se le pudo ocultar que habría sido relativamente fácil efectuarlo por mar.

Ya en el litoral dispuso la división de la columna. Sandoval, con el grueso de la misma, se adelantaría, marchando a Naco, situado

tierra adentro, a fin de tomar posesión de aquella villa y apaciguar a sus habitantes, sometidos durante aquellos meses a cambiante autoridad tras lo que habría de seguir a San Andrés, después llamado Puerto de Caballos. Cortés se proponía dirigirse directamente a este último punto con heridos, enfermos y servidumbre, atrevesando el golfo en tres embarcaciones, una de ellas providencialmente llegada aquellos días con bastimentos, que al momento fueron comprados, y dos que aparecieron abandonadas en la costa. Pero el hecho de carecer de pan obligó a diferir la empresa, que hubo de ser trocada por la de buscar maíz en el interior. Cortés consiguió reunir cuarenta hombres útiles, al frente de los cuales remontó el río Dulce, que desembocaba cerca del paraje donde se hallaban. Penetró en un gran lago y después en otro mayor, internándose a continuación por el campo aledaño, cruzando hasta cuarenta y cinco ríos caudalosos que desembocaban en aquél, sin hallar otra cosa que maíz verde, útil sólo para las necesidades del momento, lo cual le obligó a proseguir su exploración. Tras arrostrar diversos peligros y peripecias, como la noche pasada en espesísimo monte y con «la mayor pestilencia de mosquitos que se podía pensar», consiguió adquirir ciento sesenta fanegas de maíz seco e importantes cantidades de judías, cacao y pimiento, todo lo cual fué cargado en cuatro balsas hechas de madera y cañas, con las que pudo transportarlo al mar, transbordándolo a los bergantines.

Habían transcurrido veinte días, casi íntegramente invertidos en la búsqueda del maíz, desde que la columna dió vista al mar, cuando Cortés decidió embarcar con toda su gente y los extenuados pobladores de San Gil de Buenavista, tomando rumbo hacia la bahía de San Andrés, cuyo puerto natural le pareció «el mejor que hay en toda la costa descubierta desta tierra firme, desde las Perlas hasta la Florida». Con aquellos hombres y algunos más llegados procedentes de Naco hizo la fundación de la villa, a la que, en conmemoración del día en que ello tuvo lugar—8 de Septiembre de 1525—dió el nombre de Natividad de Nuestra Señora.

Pronto se trasladó a Trujillo donde halló la mejor acogida, incluso por parte de quienes habían sido secuaces de Olid, dando ello motivo a que otorgase amplio perdón, o sea lo que hoy se llama amnistía general. Allí acabó de tener cumplidas noticias acerca de las ricas tierras de Nicaragua, a las que se propuso marchar, no temiendo diferir el regreso a la Nueva España, sin duda por creer que aquellos a quienes había dado amplios poderes para gobernar durante su ausencia habrían tenido conciencia de su responsabilidad, logrando afianzar la pacificación del país. Iban sus miras no sólo a las regiones de Hueitapalan, Papayeca, Huilacho y Champagua, en dirección a las cuales dispuso partiesen avanzadas de exploración por considerar que podría encontrarse allí «otra Culúa», sino a las vecinas islas Guanajas, cuyos habitantes estaban constantemente expuestos a la depredación de los saltadores procedentes de las Antillas.

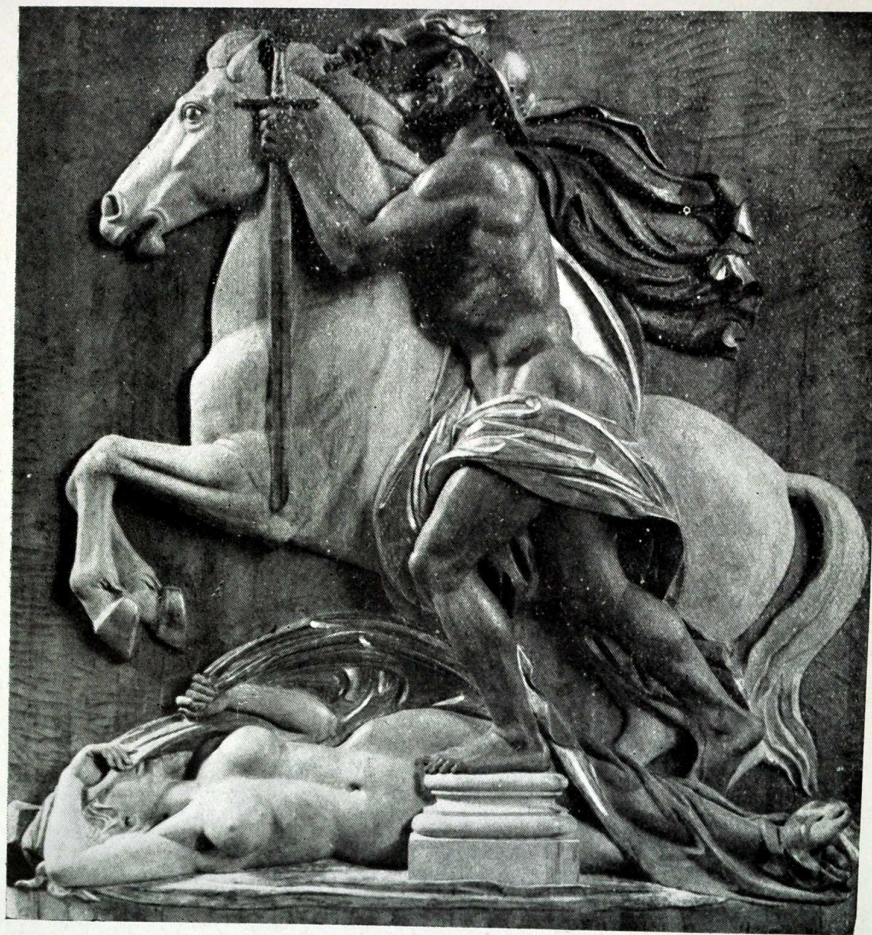
Como Cortés creyó que podría permanecer allí el tiempo necesario para ampliar el campo de sus conquistas, y además nuevamente

se sentía la escasez de vituallas, dispuso partieran cuantos barcos tenía—que ya eran cuatro, pues por aquel tiempo había llegado otro, que también se apresuró a comprar—, dándoles misiones concretas. Así, uno marchó con rumbo a los puertos de la Nueva España, llevando enfermos y amplios despachos informativos para los delegados y capitanes del Conquistador, debiendo recoger de paso a sesenta españoles abandonados en la isla de Cozumel por Valenzuela cuando la infidencia de Olid; otros dos salieron para Cuba y Jamaica, con el fin de adquirir víveres, caballos y voluntarios, y el último partió hacia la Española, yendo en él un emisario de toda su confianza, portador de cartas dirigidas a la Audiencia y al Emperador. Ninguno de ellos se ajustó en su derrota a las instrucciones previamente recibidas, y el primero naufragó junto al cabo de San Antón, resultando ahogados muchos tripulantes y pasajeros—entre ellos el propio capitán, Juan de Avalos, sobrino de Cortés, y dos frailes franciscanos—, quedando los que lograron salvarse perdidos en ignotos parajes hasta morir de hambre casi todos.

No fué tal hecho lo que más contristó el ánimo de Cortés, quien a la vez que deploraba la pérdida del navío veía defraudadas sus ilusiones de recibir noticias de México que tanto anhelaba, ya que las únicas que tuvo desde su partida fueron las llegadas encontrándose en Acalán. A poco arribó a Trujillo un barco de mercaderes llevando carta del licenciado Alonso de Zuazo, cuyo contenido le dejó anonadado, hasta el extremo de decir el cronista: «Desque la hubo leído le tomó tanta tristeza que luego se metió en su aposento y comenzó a sollozar y no salió de donde estaba hasta el otro día por la mañana». Referíale aquél que tan pronto como Salazar y Chirino, tras despedirse de Cortés en Coatzacoalcos, llegaron a México apresuráronse a hacer valer los derechos que les daban las provisiones recibidas; pero como no estaba claro que pudieran deponer a quienes quedaron *de facto* encargados de la gobernación del país, pese a que dos de ellos—Estrada y Albornoz—hubieran ya reñido violentamente y abusado de la población en diversas formas, principalmente con arbitrarias exacciones, aquello resultó una verdadera proliferación de la autoridad, siendo varios los que mandaban y más aún los que conspiraban con «mucho ruido y muertes de hombres». Al fin Salazar y Chirino lograron imponerse, pero no para mejorar, sino para empeorar la situación. Encarcelaron a Estrada y Albornoz, desterraron a Zuazo, que hubo de dirigirse a Cuba para responder del *juicio de residencia* contra él incoado en La Española, y atormentaron, y finalmente ahorcaron, a Rodrigo de Paz, alguacil mayor y apoderado de Cortés, tras realizar el expolio de cuantas riquezas de éste custodiaba, teniendo los leales al Conquistador que buscar refugio en el convento de San Francisco, huyendo de las persecuciones de que eran objeto. Chirino marchó a pacificar a los levantiscos, que se habían hecho fuertes en el peñón de Coatlan—principal foco rebelde del país—, regresando sin lograrlo, algún tiempo después, con lo que Salazar quedó como supremo tirano de aquella época de insólito terror—acerca de la que se dijo «que si pa-

ra la decadencia romana Atila fué el azote de Dios, Salazar y Chirino eran para México el escupitajo del diablo» —, a cuya instauración favoreció sin duda la creencia, rápida e infundadamente extendida, de que Cortés había muerto.

Tan especiosa noticia tuvo curioso origen. Cuando la columna, en su viaje a las Hibueras, llegó a la costa del golfo, dispuso el caudillo que su mayordomo, Simón de Cuenca, saliera del puerto de Medellín al frente de dos barcos cargados de vituallas, que creyó podrían serle necesarias durante el trayecto. Encontrándose en la costa de Xicalango, o sea donde los expedicionarios habían ya de alejarse del mar, comisionó a Francisco de Medina para que se hiciese cargo de las naves, que habría de conducir rodeando el Yucatán, a fin de alcanzar el término de la ruta; pero Medina tropezó con la resistencia de Cuenca a entregárselas, originándose entre ambos agria disputa, la cual degeneró en lucha sangrienta en la que hallaron la muerte los dos capitanes y la mayor parte de sus soldados, siendo los restantes exterminados por los indios, que acabaron por incendiar los barcos. En seguida trascendió el suceso, llegando a México desvirtuado, pues se creyó que quien pereció fué el propio Cortés, a la sazón adentrado ya en la selva inmensa. Por entonces, el capitán Diego de Ordás acababa de regresar de su viaje a España, siendo comisionado por Salazar para practicar las investigaciones conducentes a esclarecer el suceso, a cuyo objeto se trasladó con su barco al paraje costero donde tuvo lugar, y tan precipitadamente se informó que bastó comprobar simplemente la destrucción de las naves para, antes de proseguir su viaje hacia Cuba, escribir al factor, entonces supremo jerarca del país, diciéndole que el Conquistador había muerto sacrificado por los indios, quienes hicieron ofrenda de aquella vida a sus ídolos paganos, devorando después sus restos en alegre festín. A ello debióse que Albornoz—sin duda ya excarcelado, acaso por su calidad de oficial real—se apresurase a enviar un comunicado a la Corte, en 15 de Diciembre de 1525, haciendo cumplida relación del suceso en la que había una como implícita expresión de contento de todos aquellos envidiosos y concupiscentes advenedizos. Mientras tanto, Salazar mandó difundir por todo el país la información de Ordás, disponiendo a la vez la celebración de exequias solemnes por el alma de Cortés y sus seguidores, capitanes y soldados, a quienes se daba como pericidos tras lo que él se consideró, pomposamente, Gobernador y Capitán General de la Nueva España. Entre las disposiciones dictadas a continuación, como consecuencia del nuevo estado de cosas, figuró la de considerar legalmente como viudas a todas las mujeres de los expedicionarios, las que por lo tanto, podían contraer nuevas nupcias. Hubo una de ellas, la de Alonso de Valiente, secretario de Cortés, llamada Juana Mansilla, que se comportó como una verdadera heroína, aglutinando en su protesta vibrante el sentir de tantos, hombres y mujeres, como no daban crédito a la fábula de Ordás, y ello le valió ser paseada y azotada como hechicera. Contrastaba esa actitud con la de algunos lavacaras del déspota—entre ellos uno que Díaz del Castillo consideraba como



NUESTROS ARTISTAS: «El Conquistador» (Alegoría), por Pérez Comendador. Madera policromada para el Gobierno Civil de Badajoz (1951-52). Foto Castellanos

persona honrada, pero cuyo nombre no consigna para no ser difamado—, que sin duda para congraciarse con Salazar no vacilaron en afirmar que en la iglesia de Santiago de Tlatelolco y en Texcoco se les habían aparecido las ánimas de Cortés Sandoval y doña Marina, señal inequívoca de haber muerto los tres.

El viaje de los barcos que partieron de Trujillo, uno de ellos con tan mala fortuna, según anteriormente nos hemos referido, sirvió para extender la noticia de que Cortés vivía, desmintiéndose así cuanto acerca de su trágico fin habían difundido Salazar y sus secuaces. Ello hizo posible no sólo que el licenciado Zuazo escribiese al Conquistador su patética carta, sino que a partir de entonces fueran llegando a aquel puerto, considerado como nuevo Pactolo, los navíos procedentes de Cuba y demás islas del Caribe, que ya iban siendo emporios comerciales. Arribaban cargados de objetos suntuarios y ganado, pero sin víveres, que era precisamente lo que en Honduras más se necesitaba. Y como disminuían alarmantemente las existencias de los mismos, agudizáronse las privaciones. Estas llegaron a tal extremo que cuando se presentó en Trujillo la tropa de Sandoval, tras sus exploraciones por el interior—con ocasión de las cuales estableció contacto con la de Francisco Hernández de Córdoba, capitán de Pedrarias Dávila, como ya dijimos, de cuya autoridad aquél ya estaba un tanto desligado—, el maestresala Rodrigo Mañueca vióse en gran aprieto para servirle la comida, contrastando el lujo del servicio de mesa—rica mantelería y espléndida vajilla de oro y plata— con lo parvo de las raciones. Ello explica que todos, y singularmente Cortés, se encontrasen extenuados. En el Conquistador, más aún que el hambre hacía mella la tristeza obsesiva, pensando cuán difícil era la situación a que le había conducido aquella empresa del viaje, aprovechado por los consabidos tiranuelos para deshacer su labor organizadora. Llegó a temerse su muerte, por lo cual se le tenía preparado el hábito de franciscano, con que en alguna ocasión dijo que quería ser amortajado.

El concluyente realismo de los hechos planteaba a Cortés la disyuntiva de regresar a México o quedarse en aquellas nuevas tierras. Si por un lado veía cuán necesario era acabar con la nefasta actuación del por algún cronista denominado, aplicándole el dictado romancista, «hato de mal calzados», detentador de su autoridad en la Nueva España, por el otro no sólo le amedrentaba la travesía marítima máxime dado su precario estado de salud, sino que sentíase cada día más tentado a realizar la conquista de Nicaragua. Sin embargo, optó por lo primero, y dos veces partió en barco, teniendo que regresar al puerto obligado por el furioso temporal. Aquel forzoso desistimiento le hizo cursar rápido mensaje a Sandoval, que se encaminaba a Guatemala, de paso para México, ordenándole su retorno a Honduras. Entonces decidió quedarse y enviar a su fiel fámulo Martín de Orantes con plenos poderes para que gobernase en Nueva España Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas, o, en su defecto, en caso de estar ambos ausentes, Estrada y Albornoz.

Orantes emprendió el viaje en uno de los mejores navíos disponi-

bles, con el propósito de desembarcar secretamente entre Veracruz y el Pánuco, cosa que consiguió realizar. Para no ser reconocido ni despertar sospechas hacía pasar por el labrador Juan de Flechilla, a fin de lo cual cuidó de disfrazarse convenientemente dejándose además su crecida barba de dos años. Como era «suelto peón», sólo tardó cuatro días en llegar a pie a la capital, yendo en derechura del convento, donde encontró la gran acogida que cabe suponer, produciendo allí tal regocijo las noticias de que era portador que hasta los frailes «dieron saltos de placer». Como ni Alvarado ni Las Casas se encontraban presentes, pues el primero seguía en Guatemala y el segundo había huído, Orantes hizo entrega de los poderes a Estrada. Unidos éste y Jorge de Alvarado, al frente de quinientos hombres armados, que daban estentóneos vivas al Rey y a Cortés, asaltaron la casa de Salazar, quien no pudiendo prever la sorpresa, pronto quedó destituido y prisionero, siendo a continuación cargado de cadenas, con las que se le paseó por las calles para ejemplar y merecida befa de todos aquellos a quienes injustamente y de tantas maneras él había escarnecido. Chirino, que a la sazón se hallaba en Tlaxcala, fué conducido en una jaula, sufriendo análogos ultrajes por parte del enardecido populacho. Y en cuanto a Juana Mansilla, recibió el condigno desagravio, declarándose que su comportamiento había sido análogo al de una patricia romana. De nada sirvió la encubierta presión que los amigos de Salazar y Chirino hicieron después por libertarlos, pues Estrada y Albornoz se manifestaron inflexibles, logrando imponerse, con lo que la ciudad alcanzó al fin el merecido sosiego.

A pesar de ello echábase de menos a Cortés. Su primo, Fray Diego Altamirano, otrora valiente soldado y después monje franciscano decidido y animoso, fué comisionado para ir a Trujillo con el fin de gestionar el pronto regreso del Conquistador. Este no se mostraba propicio a ello, ya que le faltaba acabar de poblar aquellas villas hondureñas, pero al fin accedió a la demanda que se le hacía, saliendo por mar el 25 de Abril de 1526. Tras cinco días de estancia en Cuba, llegó a la isla de los Sacrificios, o sea San Juan de Ulúa, siguiendo, de noche, acompañado por veinte soldados, en caballos de una recua que acertó a pasar por allí, a la cercana Medellín, en cuya iglesia entraron para rezar. Como todavía no había amanecido, el sacristán, llegado poco después, sintió extrañeza viendo allí tanta gente, que no creyó era de bien, y comenzó a dar voces, con lo que acudieron las autoridades locales, por quienes Cortés fué reconocido, comenzando allí a recibir el debido homenaje. A los ocho días partió para la capital, suscitando a su paso por todo el trayecto principalmente en Tlaxcala, apoteósicas manifestaciones de entusiasmo. Se barrían los caminos, hacíanse artísticas enramadas para que reposara, era obsequiado con espléndidos presentes y no hubo encomendero ni cacique que dejara de salir a recibirle con comparsa y música. En Texcoco le esperaba Albornoz, acompañado de brillante cortejo, para darle la bienvenida y escoltarle por la calzada del lago, que aparecía lleno de piraguas empavesadas. A continuación sa-

lió Estrada, al frente de Cabildo y capitanes en caballos factuosamente enjaezados, uniéndose también al séquito. La ciudad aparecía vibrante de alegría, conmovida de entusiasmo, aquel día 19 de Junio de 1526, semejando, llegada la noche, como si ardiera con los miles de hogueras y luminarias encendidas en sus calles. Al día siguiente hubo grandes banquetes, cerrándose así las fiestas profanas para dar paso a las religiosas: misas solemnes, procesiones, etc. Cortés se apresuró a encerrarse en el convento de San Francisco, donde pasó seis días consagrado a la oración y la penitencia, agradecido al Todopoderoso por el señalado favor que le concedía permitiéndole verse de nuevo en la capital de la Nueva España, a salvo de tantos peligros y poseedor de mayor experiencia de la vida y de los hombres.

El viaje a Honduras había durado casi dos años, período decisivo en orden a las alternativas que venía ofreciendo la estrella de Cortés y a su posterior caída en desgracia. Por ello no es extraño que se haya considerado el regreso como verdadero momento culminante - estelar, como ahora se dice - de la ventura del Conquistador, y hasta el en que debió haber muerto para no sufrir dolores y desengaños tan inmensos, comparados con los cuales resultarían insignificantes los anteriores. Pero ello hubiera supuesto no desarrollar la otra gran faceta del prisma de su personalidad, o sea la de los descubrimientos geográficos - de los que precisamente el viaje a Honduras, o sea la expedición de las Hibueras, fué anticipación original -, por la que hoy se le concede tanta o acaso mayor gloria que como genial caudillo castrense.

Cuando se hace referencia a exploraciones ejemplares en la penetración continental americana, denotadoras del diamantino temple hispano, no suele tenerse en cuenta el viaje de Cortés a las Hibueras, que por sí solo hubiera bastado para inmortalizarle, pues las que más se decantan son la de Almagro en el descubrimiento de Chile, la de Hernando de Soto a lo largo del Missisipí, la de Jiménez de Quesada en Cundinamarca, la de Pizarro en la costa cenagosa del Perú, la de Alejo García en el cerro de la Plata, la de Federmann en el río Meta, la de Orellana en el Amazonas y alguna otra semejante. Y, sin embargo, debe reconocerse que ninguna de esas empresas, que nunca dejarán de despertar rendida admiración en quien las conozca detalladamente, ofreció cúmulo tal de dificultades naturales como la de Cortés, por éste sistemáticamente vencidas. Fué la suya más digna de elogio - y en esto ninguna otra puede compararse -, por cuanto no se trataba de un principiante que, aunque decidido y animoso, nada tuviera que perder - excepto la vida - en caso de resultado negativo, sino del adalid que, gobernando omnímodamente un gran país, no vaciló en abandonarlo para sumirse románticamente en la inmensa selva ignota.

*